

8. EL SACRIFICIO DEL ALTAR: LA SANTA MISA

La Santa Misa es uno de los “misterios” de nuestra Fe, que fue instituido por Jesucristo, en la Última Cena. Es el encuentro o asamblea de los creyentes, que quieren alimentarse de Dios, primero a través de su Palabra y luego con la Eucaristía.

La Eucaristía es un Sacramento que contiene verdadera, real y sustancialmente el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

A la Eucaristía, como celebración, también podemos llamarle la Santa Misa, Acción de Gracias, Cena del Señor, etc. ya que ella es redención y santificación para todos quienes la celebran.

La Misa es por encima de todo un sacrificio, que hace presente, para nosotros hoy, el Único Sacrificio de Jesús en Cruz, por el cual el hombre y el mundo son restituidos a Dios. “Él se ofreció a sí mismo en sacrificio de una vez” (Heb 7, 27).

El sacrificio de la Misa es de forma incruenta, es decir, sin derramamiento de sangre. La Víctima Divina se ofrece a sí misma bajo las apariencias de pan y vino, como lo hizo en la Última Cena, cuando instituyó el Sacrificio Eucarístico y celebró la primera Misa.

Al instituir la Eucaristía, Jesús tuvo tres finalidades:

- Dar a su Iglesia un Sacrificio visible y digno de la Majestad de Dios;
- Ser alimento espiritual de nuestras almas;
- Permanecer en medio de nosotros.

Cristo nos invita a que lo acompañemos en cada Eucaristía, a fin de que vivamos con Él “su muerte y resurrección”, el misterio de su inmenso amor por nosotros.

En la Misa, no hay que dormir, porque tenemos un papel extraordinario que ejecutar, pues somos actores con Cristo. ¿En qué sentido?.

El Papa Juan Pablo II nos habla del retorno, de la restitución del mundo a Dios, lo que significa construirlo según el querer de Dios. A eso va la Misa con su sentido cósmico, que es de presentar, de ofrecer el mundo a Dios. San Pedro decía a los primeros cristianos: “Ustedes son piedras vivas... entréguese para la construcción del Templo espiritual en que, por Cristo, se ofrece sacrificios agradables a Dios” (1 Pedro 2, 4). *La Misa nos invita por tanto, a ser constructores de la Iglesia, al servicio del mundo.*

• Para empezar

Es bueno dejar en claro que todos los presentes “celebramos” la Misa, es decir somos todos celebrantes. El sacerdote es quien “preside” en la persona de Cristo esta celebración eucarística.

Entonces, debemos expresarnos bien al decir “...nos ponemos de pie para recibir a nuestro celebrante “principal” o Presidente. El sacerdote, al igual que nosotros, celebra la Eucaristía, pero además es quien la preside (En verdad, es Cristo quien preside la celebración en la persona del sacerdote).

Ya sabemos, entonces, que para cualquier persona es correcto decir: “Hoy fui a celebrar la Misa”.



Cuando nosotros entremos a una Iglesia, debemos hacerlo con mucho respeto, ya que el que habita en la Iglesia es Dios. Por esto mismo, y antes que todo, debiéramos saludar “al Gran Dueño de Casa”, y la mejor forma de hacerlo es doblando nuestra rodilla derecha hasta que toque el suelo; este gesto se llama Genuflexión, y se hace sólo en el caso que en la Iglesia o Capilla esté reservado el Santísimo Sacramento en el Sagrario.

Si entramos a una Iglesia donde no existe sagrario, o este último existe, pero está vacío, entonces se hace una Venia, que es una pequeña inclinación con la cabeza mirando hacia la Cruz.

La Santa Misa se inicia cuando el sacerdote entra en procesión (antes del saludo), y termina una vez que el sacerdote ya se haya retirado; la Misa se continúa celebrando en la vida.

Debemos participar de “toda” la Misa, pues esta debiera ser una prioridad en nuestras vidas; dominicalmente debiéramos preocuparnos de llegar a la hora para participar de la mejor forma. Además, no debemos retirarnos antes de que el sacerdote lo haga; es de muy mal gusto y una falta de respeto el participar de la misa “a la carrera”; incluso, cuando el sacerdote, antes de la bendición, le toca informarnos a cerca de actividades o celebraciones, muchos prefieren retirarse en ese momento, ¿Cómo no se darán cuenta de su propia imprudencia?.

• *Valor de la Santa Misa*

Para agradar a Dios, obtener cualquier gracia, expiar las culpas cometidas, alcanzar misericordia y consuelo en las aflicciones de la vida, agradecer los beneficios recibidos, aliviar las Benditas Almas del Purgatorio, etc., el mejor medio es la Santa Misa.

La Misa es un medio divino, supremo, infinito, puesto a nuestra disposición por la inmensa bondad de Dios, para “elevar” nuestra miseria humana.

Participar en Misa es como si estuviéramos en el Calvario en aquellos preciosos momentos en que Jesús derramaba toda su sangre, y moría por nuestro amor.

¡Qué momentos tan preciosos para pedir gracias!. El Padre Celestial no puede menos que concederlas, si son para mayor bien de nuestra alma.

“El que toma parte devotamente en la Santa Misa y está exento de pecado mortal, merece más que si fuese en peregrinación por todo el mundo y diese todos sus bienes a los pobres” (San Bernardo).

“La participación devota de una sola Misa, nos aprovechará más que mil Misas que se nos apliquen después de nuestra muerte. La Misa es infinitamente superior a todo otro acto que tenga por objeto la remisión de nuestras culpas y de la pena que por ellas merecemos” (San Jerónimo).

El mejor modo práctico para oír la Santa Misa, es seguir al sacerdote y participar activa y piadosamente de ella.

El Señor al celebrar la primera Misa, “La Cena Pascual”, rodeó el acto de gran respeto y dignidad. Con igual reverencia debe asistirse a la Misa.

Por la misma se perpetúa el Sacrificio de la Cruz; es memorial de la muerte y Resurrección de Cristo: Sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad (no es un simple recuerdo, sino que hace presente hoy el sacrificio de Cristo; esto significa memorial).

El cúlmen de la participación en la Santa Misa es la comunión, Banquete Pascual en que se recibe como alimento a Cristo, el autor de la Gracia.

8.1 LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

El más grande de los sacramentos es la Eucaristía. En el volcó Dios su amor y su poder divinos, ya que, si en los otros sacramentos actúa la fuerza de la Pasión de Cristo que nos salva, en el sacramento de la Eucaristía se encuentra presente el mismo Señor Jesucristo, autor de la gracia.

El Señor, habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin. Sabiendo que había llegado la hora de partir de este mundo para retornar a su Padre, en el transcurso de una cena, les lavó los pies y les dio el mandamiento del amor (Jn 13, 1-17).

Para dejarles una prenda de este amor, para no alejarse nunca de los suyos y hacerles partícipes de su Pascua, instituyó la Eucaristía como memorial de su muerte y resurrección y ordenó a sus apóstoles celebrarlo hasta su retorno, “constituyéndoles entonces sacerdotes del Nuevo Testamento” (Cc. de Trento: DS 1740).



Los tres evangelios sinópticos y San Pablo nos han transmitido el relato de la institución de la Eucaristía; por su parte, San Juan relata las palabras de Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm, palabras que preparan la institución de la Eucaristía: Cristo se designa a sí mismo como el pan de vida, bajado del cielo (Jn 6, 33-35).

En el evangelio de San Juan, Jesús hace una reflexión muy profunda acerca de este tema y nos da dos razones para explicarnos porqué Él es el Pan de Vida:

Primero: Jesús es “el Pan de Vida”, por su Palabra que abre la vida eterna a los que creen (Jn 6, 26 - 51). Es decir, Jesús es “el Pan de la Palabra” que hay que creer.

Segundo: Jesús es “Pan de Vida” por su carne y su sangre que se nos dan como verdadera comida y bebida (Jn 6, 51 - 58). Con estas últimas palabras, Jesús anuncia la Eucaristía que Él va a instituir durante la última Cena: “*Tomad y comed, esto es mi Cuerpo*” (Lc 22, 19). “*Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él*” (Jn 6, 55 - 56).

Está claro entonces que no debemos quedarnos solamente con “el Pan de la Palabra”. Jesús nos invita también a “comer realmente su Cuerpo” que es “el Pan Eucarístico”.

El discurso de Jesús sobre “su Cuerpo, Pan de vida” (Jn 6, 51 - 58) lo pronunció después de la multiplicación de los panes y, en esta oportunidad, por primera vez, el Señor habló acerca de la Eucaristía: “*El pan que Yo daré es mi Carne, y la daré para la vida del mundo*” (Jn 6, 51).

Cuando Jesús dijo estas palabras, muchos de sus discípulos lo abandonaron, diciendo que ese modo de hablar era intolerable (Jn 6, 59 - 66). Pero Jesús NO dijo que estaba hablando en sentido figurado. Jesús insistió: “*En verdad les digo: si no comen la Carne del Hijo del Hombre y no beben su sangre, no tienen verdadera vida*” (Jn 6, 53).



Jesús escogió el tiempo de la Pascua para realizar lo que había anunciado en Cafarnaúm, dar a sus discípulos su Cuerpo y su Sangre:

Llegó el día de los ácidos, en el que se había de inmolar el cordero de Pascua; (Jesús) envió a Pedro y a Juan, diciendo: "Id y preparadnos la Pascua para que la comamos"... fueron... y prepararon la Pascua. Llegada la hora, se puso en la mesa con los apóstoles; y les dijo: "Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios"... Y tomó pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: "Esto es mi cuerpo que va a ser entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío". De igual modo, después de cenar, tomó el cáliz, diciendo: "Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre, que va a ser derramada por vosotros" (Lc 22, 7 - 20).

Al decir: "Esto es mi cuerpo...; esta es mi sangre", Jesús convirtió el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre. Aquello que antes era pan, es ya el Cuerpo de Cristo.

También, en la última Cena, dio Jesús a sus apóstoles el mandato de recordar y revivir estos gestos sagrados: "Hagan esto en memoria mía" (Lc 22, 19). Fiel a este mandato de Jesús, la Iglesia desde aquel momento hasta ahora realiza continuamente estos signos sagrados que hizo Jesús en la última Cena. Y la Iglesia cree que el Pan consagrado en cada Eucaristía es a la vez figura y realidad del Cuerpo celestial de Cristo: un memorial vivo de Cristo.



Los católicos creemos que: Jesucristo es el único y verdadero Sumo Sacerdote (Heb 4, 14); que todo el pueblo cristiano, por voluntad de Dios, es un pueblo sacerdotal; y que dentro de este pueblo sacerdotal algunos son llamados a participar del sacerdocio llamado ministerial o pastoral, como un servicio al pueblo sacerdotal.

Aunque los apóstoles todavía no hablaron de sacerdocio ministerial, ya estaba esta idea en germen en la Iglesia Primitiva. La Iglesia NO inventó el ministerio apostólico sino el mismo Jesús. Él llamó a los Doce apóstoles (Mc 3, 13 - 15) y les encargó ser sus representantes autorizados: "Quien los recibe a ustedes, a mí me recibe" (Lc 10, 16).

La misión de los apóstoles fue encomendada con estas palabras: "Les aseguro: todo lo que aten en la tierra, será atado en el cielo, y todo lo que desaten en la tierra, será desatado en el cielo" (Mt. 18, 18). Este "atar" y "desatar" significa claramente la autoridad de gobernar una comunidad y aclarar problemas en el Pueblo de Dios. Recordemos que Jesús en la última Cena, dio a sus apóstoles este mandato: "Haced esto en memoria mía" (Lc 22, 19). Es eso lo que celebra la Iglesia en la Eucaristía.

Y en una de sus apariciones, Jesús sopló sobre sus discípulos y dijo: "A quienes les perdonen los pecados, les quedarán perdonados" (Jn 20, 23).

Dirigir, enseñar y administrar los signos del Señor, he aquí el origen del sacerdocio ministerial. Poco a poco la comunidad cristiana va aplicando y evolucionando en este servicio apostólico según la situación de cada comunidad.

Por supuesto que este sacerdocio pastoral participa del único sacerdocio de Cristo y no tiene nada que ver con los sacerdotes del Antiguo Testamento (o sacerdotes judíos de la Antigua Alianza). Nuestros actuales pastores, los sacerdotes de la Nueva Alianza, por una especial vocación divina son los ministros de Cristo y dispensadores de los ministerios de Dios (1 Co 4, 1).